

Artículos sobre Irlanda

Publicados en: *La Marseillaise*

Jenny Marx Longuet

"Jennychen"

Marx Longuet, Jenny Artículos sobre Irlanda. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : EGodot Argentina, 2014. 84 p. ; 12x10 cm. Traducido por: Constanza Gho ISBN 978-987-1489-83-1 1. Filosofía. I. Gho, Constanza, trad. II. Título CDD 190

Artículos sobre Irlanda / Jenny Marx Longuet
Corrección / Gimena Riveros
Traducción / Constanza Gho
Foto de tapa / National Library of Ireland on The Commons
<http://goo.gl/vlizBo>
Diseño de tapa e interiores / Víctor Malumián

Ediciones Godot
www.edicionesgodot.com.ar
info@edicionesgodot.com.ar
[Facebook.com/EdicionesGodot](https://www.facebook.com/EdicionesGodot)
[Twitter.com/EdicionesGodot](https://twitter.com/EdicionesGodot)
Buenos Aires, Argentina, 2014

Impreso en Bonus Print

Luna 261, Ciudad autónoma de Buenos Aires
Junio de 2014

Introducción

Los artículos que presentamos a continuación comprenden la producción más importante y la temática en la que se especializó: la forma en la que fueron tratados por los británicos los revolucionarios fenianos irlandeses. Todos los artículos corresponden al período en que Jenny Marx escribió para el periódico *La Marseillaise*, en 1870, y retoman cuestiones que Karl Marx había expuesto en su artículo “El Gobierno británico y los prisioneros fenianos”. El tercer artículo, del 16 de marzo de 1870, fue escrito junto con Karl Marx. Todos los demás artículos, excepto el segundo, del 5 de marzo de 1870, fueron firmados con el seudónimo “J. Williams”.

¡Hay Judas que no usan anteojos

Londres, 27 de febrero de 1870

El *Marseillaise* del 18 de febrero cita un artículo del *Daily News*, en el que el periódico inglés brinda a la prensa francesa información sobre la elección de O'Donovan Rossa.¹ Como esa información es bastante confusa, y como las explicaciones

1. En 1869, tras la muerte de Charles Moore, representante liberal por el distrito de Tipperary, Irlanda, en la Cámara de los Comunes, se realizaron unas elecciones extraordinarias en las que resultó vencedor Jeremiah O'Donovan Rossa. Los resultados se invalidaron porque O'Donovan Rossa estaba preso por sedición. [N. de T.]

parciales solo sirven para arrojar una luz falsa sobre los asuntos que afirman esclarecer, les agradecería que fueran tan amables de publicar mis comentarios sobre el artículo en cuestión.

Para comenzar, el *Daily News* afirma que O'Donovan fue sentenciado por un jurado, pero omite añadir que en Irlanda los jurados están formados por acólitos dominados en mayor o menor medida por el gobierno.

Luego, al hablar con virtuoso horror sobre la felonía de traición, los falsos liberales del *Daily News* omiten decir que esta nueva categoría del Código Penal inglés fue inventada expresamente para identificar a los patriotas irlandeses con los criminales más viles.

Veamos el caso de O'Donovan Rossa, que era uno de los editores del *Irish People*.

Como la mayoría de los fenianos², fue sentenciado por haber escrito artículos presuntamente sediciosos. De modo que el *Marseillaise* no se equivoca al establecer una analogía entre Rochefort y Rossa.

¿Por qué el *Daily News*, cuyo propósito es mantener a Francia informada sobre los prisioneros fenianos, guarda silencio sobre el abominable trato que estos han recibido? Confío en que me permitirán remediar su prudente silencio.

Hace un tiempo, O'Donovan fue confinado en una celda oscura, con las manos

2. Se denominaba “fenianos” a los nacionalistas irlandeses que, en los años 1850, se oponían al dominio británico sobre Irlanda. El uso del término se extendió hasta la actualidad y se utiliza para designar a simpatizantes del nacionalismo irlandés. Hoy, el término es considerado ofensivo. [N. de E.]

atadas detrás de la espalda. No le quitaban las esposas ni de día ni de noche, de modo que se veía obligado a lamer su comida, un engrudo aguachento arrojado sobre el suelo. El señor Pigott, editor del *Irishman*, se enteró de esto por el propio Rossa, quien le describió la situación en presencia del alcaide de la prisión y otros testigos, y publicó la información en su periódico, animando al señor Moore, uno de los miembros irlandeses de la Cámara de los Comunes, a exigir una investigación parlamentaria sobre lo que estaba sucediendo en las cárceles. El gobierno presentó una oposición firme a esta demanda. En consecuencia, la moción del señor Moore fue rechazada por 171 votos contra 36: un digno complemento a las elecciones que también aplastó el derecho de sufragio.

Y todo esto ocurrió durante el ministerio del beato Gladstone. Como pueden ver, el gran

líder liberal sabe cómo burlarse de la humanidad y la justicia. Hay Judas que no usan anteojos.

He aquí otro caso a cuenta de Inglaterra. O'Leary, un prisionero feniano de entre sesenta y setenta años, fue puesto a pan y agua durante tres semanas porque —el lector del *Marseillaise* nunca adivinará la causa— Leary se definió como “pagano” y se negó a decir que era protestante, presbiteriano, católico o cuáquero. Se le dio a elegir entre una de estas religiones o pan y agua. De estos cinco males, O'Leary, o “el pagano O'Leary”, como se lo llama, eligió el que consideró el menor: pan y agua.

Hace algunos días, después de examinar el cuerpo de un feniano que murió en la prisión de Spike Island, el *forense* expresó su más alto repudio a la manera en que había sido tratado el difunto.

El sábado pasado, un joven irlandés lla-

mado Gunner Hood abandonó la cárcel después de cuatro años de confinamiento. A los 19 años se unió a la armada inglesa y sirvió a Inglaterra en Canadá. Fue llevado ante un tribunal militar en 1866 por haber escrito artículos sediciosos, y sentenciado a dos años de trabajos forzados. Cuando se pronunció la sentencia, Hood se quitó la gorra y la arrojó al aire gritando “¡Larga vida a la República de Irlanda!”. Este grito apasionado le costó caro. Fue sentenciado a dos años adicionales de prisión y, como si no fuera suficiente, a cincuenta golpes. Este castigo fue llevado a cabo de la manera más atroz. Hood fue atado a un arado, frente a dos corpulentos herreros munidos de látigos de nueve colas. No hay en francés un término equivalente al inglés *knout*.³ Solo los

3. El término es una transliteración del ruso, sin

rusos y los ingleses saben lo que significa. Lo semejante atrae a lo semejante.

El señor Carey, un periodista, está retenido actualmente en el sector de la cárcel destinado a los dementes; el silencio terrible y otras formas de tortura a las que ha sido sometido lo han convertido en una masa de carne privada de razón.

El coronel Burke, feniano, un hombre que se ha distinguido no solo por su servicio en la armada de Estados Unidos sino también como escritor y pintor, también ha sido reducido a un lamentable estado, en el cual ya no puede reconocer a sus parientes más cercanos. Podría añadir muchos nombres más a la lista de los mártires irlandeses. Basta decir que

equivalente en castellano. Se trata de un látigo de varias colas de origen ruso, usado como método de tortura. [N. del T.]

desde 1866, cuando se realizó una redada en las oficinas del *Irish People*, veinte fenianos murieron o enloquecieron en las cárceles humanitarias de Inglaterra.

II Cómo son tratados los prisioneros fenianos

Londres, 5 de marzo de 1870

En la sesión del 3 de marzo en la Cámara de los Comunes, el señor Stackpoole le pidió explicaciones al señor Gladstone sobre el trato a los prisioneros fenianos. Señaló, entre otras cosas, que el Dr. Lyons, de Dublín, había afirmado recientemente que

la disciplina, la dieta, las restricciones personales y otros castigos infligidos no podían sino causar un daño permanente en la salud de los prisioneros.

Después de haber expresado su completa satisfacción sobre el modo en que eran tratados los prisioneros, el señor Gladstone coronó su breve discurso con este comentario brillantemente agudo:

*En cuanto a la salud de O'Donovan Rossa, me complace decir que, durante su última visita a su esposo, la señora O'Donovan Rossa lo felicitó por lucir mejor.*⁴

Con lo cual una carcajada homérica estalló en todos los rincones de la noble asamblea. ¡Su última visita! Tengan en cuenta que la señora O'Donovan Rossa no solo ha sido separada de su esposo durante varios años, sino que ha tenido que recorrer todo Estados Unidos dan-

4. El discurso de Gladstone apareció en *The Times* del 4 de marzo de 1870.

do clases abiertas de literatura inglesa para ganar dinero para alimentar a sus hijos.

Y consideren también que este mismo señor Gladstone, cuyas ocurrencias son tan agudas, es el autor casi sacro de *Plegarias*, de *Divulgación del Evangelio*, de *Las funciones de los laicos en la iglesia* y de la homilía *Ecce homo*, publicada recientemente.

¿Es compartida por sus prisioneros la profunda satisfacción del jefe de carceleros? Leamos los siguientes extractos de una carta escrita por O'Donovan Rossa que, por algún milagro, se deslizó fuera de la cárcel y llegó a destino con un increíble retraso:

Carta de O'Donovan Rossa

Ya les he hablado de la hipocresía de estos señores ingleses que, después de ponerme

en una situación en la que me veía obligado a apoyarme en el suelo sobre las rodillas y los codos para comer, ahora me privan de comida y luz, y me dan cadenas y la Biblia. No me quejo de los castigos que mis señores me infligen –sufrir es mi deber–, pero insisto en que tengo el derecho de informar al mundo del trato al que me someten, y que es ilegal retener las cartas en las que describo este trato. Las minuciosas precauciones tomadas por las autoridades para evitar que escriba cartas son tan desagradables como absurdas. El método más insultante fue el de desvestirme una vez por día durante varios meses, y luego examinarme los brazos, las piernas y otras partes del cuerpo. Esto ocurrió a diario en Millbank de febrero a mayo de 1867. Un día me negué, de modo que vinieron cinco carceleros, me golpearon sin piedad y rasgaron toda mi ropa.

En una ocasión logré sacar una carta al exterior, y fui recompensado con la visita de los señores Knox y Pollock, dos magistrados de la policía.

Qué ironía la de enviar a dos empleados del gobierno a averiguar la verdad sobre las cárceles inglesas. Estos caballeros se negaron a tomar nota de cualquier cosa importante que yo tuviera para decirles. Cuando abordé un tema que no era de su agrado, me detuvieron diciendo que la disciplina de la cárcel no era de su incumbencia. ¿No es verdad, señores Pollock y Knox? ¿No es cierto que cuando les dije que me obligaron a lavarme con agua que ya había sido usada por media docena de prisioneros ingleses se negaron a tomar nota de mi queja?

En Chatham me asignaron cierta cantidad de carga para trasladar, y me dijeron que

no me darían comida si no terminaba la tarea a una hora determinada.

“Tal vez me castiguen aunque termine la tarea a tiempo”, grité. “Eso es lo que me ocurrió en Millbank”.

“¿Cómo es posible?”, preguntó el carcelero.

Entonces le dije que el 4 de julio había terminado mi trabajo diez minutos antes de la hora prevista, así que tomé un libro. El oficial, al verme, me acusó de ser un perezoso, y me pusieron a pan y agua y me encerraron en una celda oscura durante cuarenta y ocho horas.

Un día vi a lo lejos a mi amigo Edward Duffy. Estaba extremadamente pálido. Un poco después, me enteré de que Duffy estaba gravemente enfermo y que había expresado su deseo de verme (habíamos sido muy cercanos en Irlanda). Le rogué al alcalde que me per-

mitiera visitarlo. Se negó rotundamente. Esto sucedió cerca de la Navidad de 1867, y, unas pocas semanas después, un prisionero me susurró a través de los barrotes de mi celda: “Duffy está muerto”.

¡Cuán conmovedoramente habría descrito este suceso un inglés si hubiera ocurrido en Rusia!

*Si el señor Gladstone hubiera presenciado una escena tan triste en Nápoles, ¡qué cuadro tan conmovedor habría pintado!*⁵

5. Ente 1850 y 1851, a raíz del encarcelamiento del consejero legal de la embajada británica en Nápoles, Gladstone comenzó a interesarse por la situación política en Nápoles y las condiciones en que mantenían cautivos a los disidentes políticos liberales. En febrero de 1851 obtuvo permiso del gobierno napolitano para visitar una cárcel. Poco después publicó dos cartas en las que manifestaba

¡Ah! Dulces fariseos, comerciando hipocresías, con la Biblia en los labios y el diablo en las entrañas.

Debo decir algunas palabras en memoria de John Lynch. En marzo de 1866, me encontré con él en un patio para ejercicios. Nos vigilaban tan atentamente que solo pudo arreglárselas para decirme “el frío me está matando”. ¿Pero qué hicieron los ingleses con nosotros? Nos llevaron a Londres en Nochebuena. Cuando llegamos a la cárcel, nos quitaron las frazadas y nos dejaron temblando en nuestras celdas durante varios meses. Sí, no pueden negar que fueron ellos quienes mataron a John Lynch. Sin embargo, se las arreglaron para presentar, en la investigación, oficiales que es-

su horror por el trato al que eran sometidos los prisioneros políticos. [N. del T.]

taban listos para argumentar que les habían dado a Lynch y a Duffy un trato muy gentil.

Las mentiras de nuestros opresores ingleses exceden la más alocada imaginación.

Si he de morir en la cárcel, les suplico a mi familia y a mis amigos que no crean una palabra de lo que dice esta gente. Que no se me acuse de rencor personal contra aquellos, que me persiguen con sus mentiras. Acuso de tiranía únicamente a aquellos que hacen del uso de estos métodos algo necesario.

Muchas veces las circunstancias me han hecho recordar las palabras de Maquiavelo, de que “los tiranos tienen un interés especial en hacer circular la Biblia, de modo que el pueblo comprenda sus preceptos y no ofrezca resistencia a ser robado por forajidos”.

En tanto el pueblo esclavo siga los sermones sobre moralidad y obediencia imparti-

dos por los sacerdotes, los tiranos no tendrán nada que temer.

Si esta carta les llega a mis compatriotas, tengo el derecho de exigirles que alcen su voz para insistir en que se haga justicia por sus hermanos que sufren. ¡Que estas palabras agiten la sangre que corre indolentemente por sus venas!

Fui atado a un carro con un arnés, con una cuerda alrededor del cuello. El nudo estaba amarrado a una vara larga, y dos prisioneros ingleses recibieron la orden de evitar que el carro se balanceara. Pero no lo hicieron: la vara se irguió y el nudo se deshizo. Si hubiera estado ajustado, estaría muerto.

Insisto en que no tienen ningún derecho de ponerme en una situación en la que mi vida dependa de las acciones de otras personas.

Un rayo de luz penetra por los cerrojos

y barrotes de mi celda. ¡Es un recordatorio de aquel día en Newtownards en el que conocí a hombres de la Orden de Orange y de la Sociedad de Ribbon que habían dejado de lado su fanatismo!

O'DONOVAN ROSSA
*Prisionero político
sentenciado a trabajos forzados*

III La carta de O'Donovan Rossa

Londres, 16 de marzo de 1870

El suceso principal de la semana pasada fue la carta de O'Donovan Rossa, que transcribí en mi último informe. El *Times* imprimió la carta sin ningún comentario, mientras que el *Daily News* publicó un comentario sin la carta.

Como era de esperar —dice—, el señor O'Donovan Rossa se centra en el tema de las reglas de la cárcel, a las que ha sido sometido durante un tiempo.

Cuán atroz es este “durante un tiempo” al hablar de un hombre que ya ha estado en la cárcel durante cinco años y ha sido condena-

do a trabajos forzados *de por vida*. El señor O'Donovan Rossa se queja, entre otras cosas, de haber sido “atado a un carro con un arnés, con una cuerda alrededor del cuello”, de modo que su vida dependía de los movimientos de convictos ingleses, sus compañeros de prisión.

Pero —exclama el Daily News— ¿es realmente injusto poner a un hombre en una situación en la que su vida dependa de las acciones de otros? Cuando una persona está en un carruaje o en un vapor, ¿no depende su vida de las acciones de otros?

Después de esta brillante argumentación, el pío casuista le reprocha a O'Donovan Rossa no amar la Biblia y preferir el *Irish People*, una comparación que hará seguramente las delicias de sus lectores.

El señor O'Donovan —continúa— pa-

rece imaginar que a los prisioneros que cumplen condena por escritos sediciosos se les deben dar cigarros y periódicos a diario, y que, sobre todo, tienen el derecho de intercambiar correspondencia libremente con sus amigos.

¡Ja, ja! ¡Virtuosos fariseos! Al menos han admitido que O'Donovan Rossa ha sido sentenciado a trabajos forzados de por vida por *escritos sediciosos* y no por el intento de *asesinato* de la reina Victoria, como insinuaron vilmente en su primera comunicación con la prensa francesa.

Después de todo —concluye este vergonzoso periódico— *O'Donovan Rossa es tratado simplemente como lo que es, es decir, un prisionero común.*

Además del periódico especial de Gladstone, he aquí un ángulo diferente de la prensa “liberal”: el *Daily Telegraph*, que ge-

neralmente adopta unos modos más bruscos.

Si condescendemos —dice— a atender a la carta de O'Donovan Rossa, no es por los fenianos, que son incorregibles, sino exclusivamente por el bienestar de Francia. Debemos aclarar que hace tan solo unos días, en la Cámara de los Comunes, el señor Gladstone realizó una denuncia formal de todas estas indignantes mentiras, y no puede haber ningún francés inteligente, del partido y de la clase que fuera, que se atreva a dudar de la palabra de un caballero inglés.

Pero si hubiera, contra toda expectativa, algunos partidos o personas en Francia lo suficientemente perversas como para no creer en la palabra de un caballero inglés como el señor Gladstone, Francia no podría, en última instancia, resistirse al consejo bienintencionado del señor Levy, que no es un caballero y que

se dirige a ustedes en los siguientes términos:

Les aconsejamos a nuestros vecinos, los parisinos, que consideren todas las historias de crueldades cometidas contra los prisioneros políticos de Inglaterra como otras tantas mentiras insolentes.

Con el permiso del señor Levy, les daré otro ejemplo del valor de las palabras de un caballero que forma parte del gabinete de Gladstone. Recordarán que en mi primera carta mencioné al coronel Richard Burke, un feniano prisionero que había perdido la razón gracias a los métodos humanitarios del gobierno inglés. El *Irishman* fue el primero en publicar esta noticia; luego, el señor Underwood le envió una carta al señor Bruce, el ministro del Interior, en la que le pedía que realizara una investigación sobre el trato a los prisioneros políticos. El señor Bruce respondió en una

carta que fue publicada por la prensa inglesa y que contenía la siguiente frase:

En relación con Richard Burke, de la cárcel de Woking, el señor Bruce se ve obligado a rechazar el inicio de cualquier investigación sobre la base de insinuaciones tan enfermizas y extravagantes como las que contienen los extractos de la carta del irlandés que me ha enviado.

Esta afirmación del señor Bruce tiene fecha del 11 de enero de 1870. Ahora, en una de sus ediciones recientes, el *Irishman* ha publicado la misma respuesta del ministro a una carta de la señora Barry, la hermana de Richard Burke, quien pedía noticias sobre la condición “alarmante” de su hermano. La respuesta ministerial del 24 de febrero contiene